

II CERTAMEN DE RELATOS CORTOS
"GRUPO ITEVELESA"

PALMEADOS

Ya lo tenía casi todo preparado, o eso creía. Para su sorpresa, todos los papeleos habían ido rápido, cosa que la alegraba. Después de la muerte de su madre se había pasado los días entre escrituras, notarios, bancos, tráfico... Su madre siempre había sido muy perfeccionista y lo había dejado todo bastante atado. Sólo se la había pasado tener al día el coche y Marina se encontró con que no podía hacer la transferencia por tener caducada la I.T.V. Pero tampoco la hizo mucho trastorno. Había oído que si pedías cita previa la cosa iba bastante rápido y así fue.

El hecho de ser hija única también había ayudado a agilizar las cosas. No tenía que discutir sobre sus decisiones de si vender o no vender. Aunque, tenía que reconocer, que no la hubiese importado discutir con tal de tener a alguien. Alguien con quien compartir el sufrimiento de los últimos años, alguien en quien apoyarse cuando la fallaron las fuerzas, cuando no podía respirar, cuando maldecía al cielo por el tormento por el que estaba pasando su madre.

Se sentía sola. Cuando falleció su padre, entre su madre y ella, lograron superarlo, pero ahora estaba sola de verdad. Se sentía totalmente perdida. Por eso había tomado la decisión de desaparecer, de irse.

La temblaban las piernas cuando pensaba en ello, lo que en principio parecía una locura se estaba convirtiendo en una realidad.

Nunca pensó que la aceptaran como guarda en el parque nacional de Virunga. Su madre se quedaría perpleja, pero no se debería enfadar. Al fin y al cabo, pensaba Marina, fue ella la que hablaba de esos montes, del sueño, que no pudo cumplir, de visitarlos por el miedo que la daba la situación en el Congo, de Dian Fossey y su lucha por defender a los gorilas de montaña.

Toda esa información, que a Marina nunca la interesó, se la había dado ella. Sólo la escuchaba por ver cómo se iluminaba su cara cuando hablaba de África, de su luz, de sus colores, de su olor, de sus gentes, de la creencia irrefutable de que esos paisajes sólo los podía haber creado Dios. Y eso que su madre tenía una forma muy particular de creer en Dios, a su manera. Según ella la Iglesia Católica había tergiversado totalmente el mensaje.

Todas sus conversaciones, todas sus historias y conocimientos son los que la acompañaban. Ese era su verdadero legado.

Nunca habría conseguido el valor de marcharse si no fuese porque sentía que ya no tenía nada que perder. Ya nada la importaba, ya no tenía miedo a nada o tenía miedo a todo, ni siquiera entendía cómo se sentía. Quería estar lo más lejos posible, cambiar, no pensar, que desapareciese el vacío que tenía por dentro. Pensaba que si vivía el sueño de su madre estaría un poco más cerca de ella.

El viaje fue muy largo, con varios trasbordos. Las colas en aduanas se hacían interminables. Cuando al fin llegó, la estaban esperando con un Land Rover caqui donde cargaron sus dos maletas y pusieron rumbo al campamento.

Apenas saludó al que se suponía que iba a ser su jefe. Estaba agotada, empapada y sólo quería tumbarse. Entendió a medias las instrucciones que la daban sobre el día siguiente y se fue.

Nada más amanecer oyó mucho movimiento afuera. Se puso el uniforme y salió.

Se encontró a una docena de hombres, vestidos como ella, alrededor del jefe. Eran los Rangers. Ahora era uno de ellos. Estaba nerviosa. Todos se la quedaron mirando. Era la única mujer del equipo, pero estaba acostumbrada. Su experiencia en el ejército no difería mucho de aquello. Sin darse cuenta levantó la cabeza y se unió a ellos.

Les asignaron, alrededor del mapa de la zona, los puestos que debían cubrir por parejas. Su compañero tenía cara de buena persona. En cuanto se miraron a los ojos se dio cuenta. La sonrió con su enorme dentadura blanca. La cayó bien desde ese mismo momento. Se llamaba Mivek y llevaba ya cuatro años como guarda.

Las ordenes e instrucciones no se alargaron mucho. El territorio a cubrir era extenso y había que ponerse en marcha.

Mivek se dirigió hacia un sendero que había detrás de lo que hacía de comedor y la hizo una señal para que le siguiese.

Era un hombre callado, pero respondía cortésmente a las preguntas que le iba haciendo. En el puesto asignado casi seguro que no verían gorilas, la dijo, pero debían estar atentos a las trampas que ponían los furtivos y a que los turistas no se saliesen del camino establecido.

La entrada en el Parque de turistas estaba muy controlada, debido a la situación en los países que lo formaban. Su afluencia había bajado el último año. Las mafias del coltán, próximas a la frontera oeste del Parque hacían la zona aún más peligrosa. Pero había que cuidarles. Eran la fuente de ingresos principal del parque. Sin ellos los gorilas ya habrían desaparecido porque no habría dinero para pagar a los Rangers y los furtivos camparían a sus anchas.

Recorrieron a pie un vasto territorio. La vegetación era muy diferente a cualquiera que hubiese visto Marina. Se notaba fatigada. Aunque estaba en plena forma acusaba la altitud y la humedad. Durante toda la mañana la neblina no dejaba ver más allá de unos escasos metros. Mivek siempre delante, atento a cada ruido. Descansaron a almorzar en silencio. Al acabar Mivek la llevó a un claro de la densa selva y la enseñó el monte Karisimbi, el más alto del parque. Su cumbre se veía por encima de la masa de nubes. Le agradeció a su compañero el detalle de enseñárselo. Sabía, por su madre, que en su ladera y lindando con el Visoke, había establecido el campamento Dian Fossey durante sus años de investigación.

Estaba sumergida en sus pensamientos cuando Mivek la empujó al suelo y se puso el dedo sobre los labios indicándole que guardara silencio. Ella no oía nada sospechoso pero obedeció. La selva puede parecer silenciosa pero no lo es en absoluto. La hizo una seña para acercarse a unos arbustos. Con el fusil por delante se acercaron sigilosamente. Había alguien. Se le oía respirar. Podría ser un furtivo. En un movimiento ágil su compañero saltó sobre el bulto agazapado y lo encañonó.

Era un niño de unos doce años. Marina bajó su fusil y Mivek la reprendió. Después la explicó que en esta parte de África los niños no eran tan inocentes como en Europa. Había multitud de niños soldados. Se insultó a si misma por su ingenuidad. Se había documentado sobre ello, pero su inconsciente la había hecho relajarse.

El niño estaba asustadísimo, levantaba las manos y repetía una y otra vez algo que Marina no entendía. En una décima de segundo se abrazó a la pierna de ésta mientras seguía llorando. Los mocos le resbalaban por toda su carita y Marina no pudo resistirse. Apoyó su fusil en el suelo y lo abrazó con la intención de consolarle.

Cuando lograron tranquilizarle se dirigieron de regreso al campamento los tres. Mivek, que iba hablando con el niño, la explicó que había logrado huir cuando asaltaron su poblado. El niño le había dicho que habían matado a toda su familia y que él pudo escapar porque estaba en la selva colindante al poblado cuando les atacaron. Marina no podía dejar de comparecerse de él. Mivek la explicó que esto era muy habitual allí, que el mayor peligro de su trabajo no era proteger a los gorilas sino proteger a la gente.

Al llegar al campamento el director jefe De Merode entendió la situación rápidamente y ordenó que llevaran al niño al centro de refugiados de Goma. El niño se volvió a enganchar a las piernas de Marina y ésta le pidió al jefe que la dejase, por lo menos esa noche, quedarse con él. De Merode acabó accediendo pero la dejó muy claro que ella y sólo ella sería responsable del cuidado del niño. Su misión no era esa y bastantes problemas tenían.

De esta manera se encontró con compañía en su pequeña cabaña. Pudo apañar el pequeño sofá para que el niño durmiese y logró darle un vaso de leche caliente y que dejase de llorar. Consiguió entender que se llamaba Ambé.

Cuando ya estuvo dormido, Marina no podía quitarse de la cabeza todo lo que la había ocurrido en tan sólo un día que llevaba en su puesto.

Apenas había pensado en sus cosas, su soledad, su dolor. Ver a ese niño la hacía sentir que sus problemas no lo eran tanto. Todo es relativo, se decía mientras caía rendida en su camastro.

Al despertar notó que un cuerpecillo cálido estaba agarrado a su brazo. Ambé se había metido en su cama y ella ni se había enterado, tal era su cansancio acumulado.

Le rogó, más bien le suplicó, al jefe que le dejase con ella. De Merode parecía enfadado pero al final cedió. Eso sí, la dijo, el niño no puede ir de patrulla contigo. Se quedará por un tiempo en el campamento y ayudará en todo lo necesario.

Los días fueron pasando y Marina regresaba cada atardecer con la ilusión de verle. La gente del campamento la informaba de cómo se portaba, de que era un niño muy bueno y que tenía mucha mano con los animales del centro de recuperación. Pero en cuanto ella llegaba no había nada más importante para Ambé.

Pese a las difíciles circunstancias, el trabajo duro, la situación familiar de cada uno y el peligro constante, en el campamento eran como una familia. Cada integrante del equipo se desvivía para que todo tuviese algo de normalidad. Estaban acostumbrados al sufrimiento y al alto porcentaje de bajas, la mayoría por muerte, pero cada noche, a la luz de la hoguera se respiraba felicidad, tranquilidad, alegría. Marina no sabía cómo explicarlo, quizás con la famosa frase "menos es más". La cosa es que aquellas gentes, aun no teniendo ni la mitad de las cosas que los europeos, al llegar la noche sonreían.

Por su parte, ella cada mañana salía con su compañero Mivek del que aprendía cada día y al que iba cogiendo cariño a pasos agigantados. La primera buena impresión que tuvo de él no había sido para nada equivocada. Deseaba ver de una vez a los gorilas y, después de un mes, el día había llegado.

Los turnos eran rotativos y por fin les tocaba la zona más probable de avistamiento. Marina estaba emocionada y Mivek iba todo el camino dándole instrucciones: no les mires a los ojos, muéstrate sumisa, no podemos acercarnos, no corras. Hasta que llegaron a la zona en la que había que guardar silencio dada su proximidad. Y ahí estaban, les veían a través de las hojas de los árboles, no podían acercarse más, era un grupo. Su denso pelaje negro destacaba entre el verde oscuro de la vegetación. Parecía que estaban descansando. Marina se emocionó evocando a su madre, en cómo desearía ella estar allí.

Durante ese turno Marina estaba más contenta, quería verles todos los días, oír a los pequeños y el ruido que hacían cuando entre juegos aplaudían o se golpeaban el pecho. No era lo mismo verles en el centro de recuperación que en su entorno familiar. Ver cómo vigilaba el macho de espalda plateada, cómo se peleaban en juegos los pequeños ante la atenta mirada de las hembras. Como sabían que ellos estaban allí y sin acercarse confiaban. Se habían acostumbrado a la presencia humana y eso estaba bien para que los turistas pudiesen verles desde una prudencial distancia, pero acarrearba inconvenientes. No diferenciaban, a veces hasta que era demasiado tarde, las intenciones del humano. Y los furtivos lo sabían.

Hasta pudo llevar un día a Ambé para que los viese. El niño parecía otro. Marina no dejaba de sorprenderse de la capacidad de recuperación que había tenido. Ahora era un niño alegre, siempre dispuesto, que había encontrado entre los Rangers su nueva familia. Hasta el director jefe se había encariñado con él. No tenía ni idea de si se podría quedar para siempre con ellos pero, por si acaso, ni preguntaba. De momento estaban bien.

La mañana del viernes amaneció como cualquier otra mañana. Desayunaron, se despidió de Ambé y partieron. Ella siempre detrás de Mivek. Se estaban acercando a la zona del grupo que vigilaban cuando sus sentidos les pusieron en alerta. Algo no iba bien, se notaba. Los gorilas estaban más silenciosos de lo normal, los pájaros abandonaban la copa de los árboles presurosos, Mivek tensó casi imperceptiblemente todos los músculos y Marina por el raballo del ojo los vio. Todo ocurrió muy rápido.

Mivek empezó a disparar entre los árboles y Marina se tiró al suelo e hizo lo mismo. Los gorilas empezaron a gritar y a huir en dirección contraria. Pero por la agresividad de los gritos del espalda plateada supusieron que había algún furtivo más al otro lado.

Se separaron y Mivek acudió a la otra zona. Marina, todavía alerta, contó tres furtivos abatidos. Se acercó a ellos sin dejar de apuntarles. Parecía que por allí no había más. Oyó más disparos por donde había ido Mivek. Decidió ir en su ayuda. Cuando se acercó, entre la vegetación, pudo ver que le tenían rodeado entre cinco. No veía a los gorilas por ninguna parte, eso la alivió en cierta manera y no lo dudó. Salió del follaje gritando y disparó. Un tiro tras otro, furiosa, una ráfaga y otra. Apenas notó dolor en el muslo cuando la alcanzaron. Sólo paró cuando oyó a Mivek.

Se desplomó de la que éste venía hacia ella.

Estuvieron sentados un buen rato. Él, sujetándola la espalda después de examinarla la pierna y vendársela con una chaqueta, ella dejándose cuidar. El tiro había sido limpio y la bala había salido. No sangraba en exceso, lo que indicaba que no había tocado ninguna vena ni arteria principal. Comenzó a llover, pero la llovizna era débil. Mivek la susurró al oído "gracias" y la intentó incorporar para volver al campamento. Ella le pidió que siguiesen allí un rato, sólo un momento, y sin poderlo remediar empezó a llorar, en silencio.

Lloraba por la tensión vivida, por la adrenalina desbordada, porque no había llorado desde hacía tiempo, por el dolor acumulado en el pecho que era mayor al dolor de la pierna, por no estar preparada para perder a una madre, por la familia de Ambé y su pasado, por lo desequilibrado que estaba el mundo. Mivek sujetándola respetó su dolor hasta que la apretó por los hombros y la señaló hacia la derecha. Los gorilas estaban volviendo al claro. Ellos ni se movieron, la situación podía ser peligrosa ya que los animales estaban alterados por lo sucedido. Pero su actitud no parecía agresiva.

Empezaron a actuar con normalidad, se sentaron de tal forma que tanto Mivek como Marina quedaron en el centro del grupo. Sólo el macho dominante se mantenía alerta. Una hembra cercana dejó a su cría en el suelo. Ésta, curiosa, se empezó a acercar a ellos que no movieron ni un solo músculo. Y entonces Marina se dio cuenta de un detalle. En la mano del pequeño gorila se apreciaba que el dedo cuarto y quinto estaban palmeados.

¡Sé quién eres!, se dijo.

Tal y como había descubierto Dian Fossey, los descendientes de su gorila más querido tenían ese defecto genético. Incluso en la película que rodaron sobre su vida salía ese detalle y su madre, cómo no, se lo había comentado.

Y ese detalle, ese simple detalle, la hizo sentirse en casa. Todo cobró sentido en su cabeza y sobre todo en su corazón. Recordar a su madre la transmitió paz y serenidad. Recordar a Ambé la dio esperanza y ganas de luchar. Y tener a su lado a Mivek la aportó la seguridad perdida al quedarse sola. Herida, pero serena, en ese claro del bosque del corazón de África y rodeada de gorilas se sintió feliz.

